

LA PRIMAVERA.

Viene por fin, y se presenta tan pura como las ideas de un niño; á nadie olvida en sus dones bellos, enriqueciendo el orbe con sus grandes y vistosas galas. La tierra al punto que su influjo siente, abre su seno y con plantas tiernas cubre su suelo. Recorred los campos; los vereis con una alfombra de verdura llenos; aquí el tomillo y el alhelí amarillo de oblongas hojas, se mezclan siempre, y casi ocultan á la modesta flor del pensamiento; mas allá, al borde de un riachuelo, crecen y vegetan los lirios tiernos, ranúnculos y anémonas que á la sombra de los sauces y sabinos, orgullosos elevan sus tallos débiles, mecidos solos por los húmedos cáfiro de la corriente.

Pero ¿no eres tú quien las anima? Sí, que por tu medio y en un tiempo, quiso el que es que aparecieran tejidas, como el iris, brillantes como estrellas las corolas de las flores, y que respirando exhalaran suavísimos perfumes que nos adormecen con su intensa acción en los sentidos.

Tu poder alcanza en tus mágicos misterios, hasta las altas rocas, que á tu soplo se cubren de helechos que ya rastrosos, hacen mucho contraste con otras que se elevan hácia el cielo; y si algún arbusto sufrió y vivió después de los crudos rigores del invierno, su parduza corteza se cubre con amarillos líquenes que ávidos extraen el jugo de la vida de aquel que los sostiene.

Y ¿qué diremos cuando en torno de las flores voltejean mil y mil pintados pa-

llos que gorjean al verse entre los tallos y que volando con movimiento rápido sobre umbeladas de agapantos, saltan ya de uno al otro ramo... Entonces viven solo por tí, porque después que los vegetales con sus verdes hojas ya no los sombrean, dejan algunos de existir y otros buscan en climas muy lejanos otra primavera que así se acomode á su vida.

¡Con cuánto placer se vive entre las flores, y se contemplan los débiles insectos que pasan cual meteoros, dejando oír un leve zumbido que armoniza con el casi no percibido sonido de las hojas mecidas por las brisas!

¡Cómo late el corazón al percibir entre los ramajes una delicada avecilla, que solicita alimenta sus polluelos; que al verla, se mueven y dirigen piando hácia la que con tanto amor los cuida, y que si fueran perseguidos, gustosa cedería su vida!

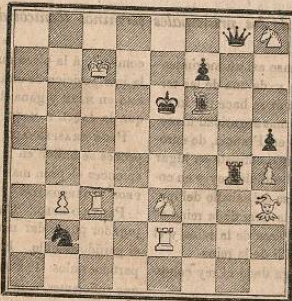
Llega por fin, dichosa y mágica estación; llega, que los campos fértiles de mi país hermoso solo te aguardan: ven y matiza sus extensos valles, que mi alma se eleva de Dios á sus regiones cuando los veo floridos; ven y despiértale del letargo en que se halla adormecido, y que semejante á las oasis del desierto, se oigan las voces de encantadores hurtes que en medio de bosques de jazmines eleven sus célicos cantares en honor siempre de la patria mía.

Guauajuato, febrero 23 de 1852.

EULOGIA ZAMARRONI.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

II
III
NEGRAS.



BLANCAS.
Las blancas han de ganar en tres lances.

Partida jugada por las sociedades de Estocolmo y Upsala.

BLANCAS.	NEGRAS.	BLANCAS.	NEGRAS.
1. P d R 2c	P d R 2c	13. A d D 5a D T	D t P R
2. C d R 3d A	C d D 3d A	14. C a 2d D	P d D 3c
3. A 4 d A 4 d D	A 4 d A 4 d D	15. T d D 4 a R	P d D 4 a
4. P d A d D 1c	A t P d C d D	16. C t P	D 4 d D
5. P d A d D 1c	A 4 d T d D	17. A t C	T 4 d R
6. Roque	A 4 d C d D	18. C t P	D t D
7. P d R 2c	D 4 d R	19. P t T d D	P t T C
8. P t P d R 2c	C d D P	20. A 4 d D	A 4 d R
9. C d R t C	D t C	21. A t P d 4 d D	T d D 4 a d D
10. D 4 3c d D	D 4 d T d R	22. A t P	T d D P
11. P d R 1c	C d R 2 d R	23. P d C d D 1a	
12. R 4 e d T	Roque		

TABLAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA I.

BLANCAS.	NEGRAS.	BLANCAS.	NEGRAS.
1. R 4 d T d D	R 4 3 C	3. R 4 d A d R	P t C
2. R 4 5 d C d D	R 4 e d T	4. R 4 7 d A d D	Jaque y mate.

III.

Explicacion de los principales términos técnicos del ajedrez.

ENROCAR. Llámase así un movimiento particular del rey y de una de las torres, el cual movimiento se hace por lo regular para poner en mas seguridad al rey. El método adoptado en Francia, de enrocar con la torre del rey, consiste en jugar la torre á la casa del alfil del rey y en colocar al rey en la casa del caballo del rey; y para enrocar con la torre de la reina se coloca la torre en la casa de la reina y el rey en la casa del alfil de la reina.

JAQUE es una carga dada al rey con una pieza ó un peon.

JAQUE SIMPLE es el que se da cuando no está herido sino de la pieza jugada.

JAQUE POR DESCUBIERTA es cuando el rey está herido, no de la pieza jugada, sino sí de la que queda descubierta con el movimiento de aquella. Por ejemplo: puesto el rey negro en la casa de la torre del rey, una torre blanca en la quinta casa del rey blanco, un alfil blanco en la cuarta casa de la reina blanca; si se juega la torre á la cuarta casa del rey, se da **JAQUE POR DESCUBIERTA** al rey negro con el peon blanco.

JAQUE DOBLE se hace cuando está herido á un tiempo de la pieza jugada y de la que está descubierta; por ejemplo: puestas las piezas como antes, jugárase la torre á la 5ª casa de la torre del rey blanco, y entonces la torre, lo mismo que el alfil, dan jaque al rey negro.

JAQUE Y MATE. Cuando el rey está herido de suerte que no puede librarse sea

comiendo á la pieza que le hiere, sea con la interposicion de otra pieza, se dice que está en **MATE** y gana el partido el jugador que da **JAQUE Y MATE**.

PEON TRASPEONADO se dice cuando dos peones se hallan en la misma columna, y entonces el peon mas avanzado se llama **PEON TRASPEONADO**.

PARTIDO NULO. Cuando ni uno ni otro jugador puede dar mate á su adversario, el partido es nulo. Hay varias suertes de partidos nulos: 1º Cuando no hay ya fuerzas suficientes, como un rey ó un caballo solamente, un rey y dos caballos, etc.; 2º Cuando aun habiendo fuerzas suficientes, no se conoce la manera de dar mate en el límite de los cincuenta lances exigidos por las reglas del juego; 3º Cuando hay jaque perpetuo; 4º Cuando los dos jugadores juegan la defensa; 5º Cuando ambos jugadores tienen las mismas fuerzas, como una reina, una torre, etc., etc.; 6º Cuando uno de los reyes está forzado.

ENTREGADA. Cuando una pieza está atacada por otra pieza se dice que está expuesta ó herida de la pieza que la ataca. Entregar una pieza es jugar de manera que pueda el adversario comérsela.

GANAR EN EL CAMBIO. Cuando un jugador come una torre perdiendo un alfil ó un caballo, se dice que **GANA EN EL CAMBIO**.

GAMBITO. Llámase así un principio de partido muy particular, en el que un peon es sacrificado al segundo lance por el pri-

mer jugador. Hay dos gambitos principales, el del rey y el de la reina. Llámase gambito del rey aquel en que comen- zando cada jugador por avanzar á dos casas el peon del rey, el primer jugador avanza después á dos casas el peon del alfil del rey, al cual come el segundo jugador con el peon de su rey. El gambito de la reina se juega de la misma manera con los dos peones de las reinas y el peon del alfil de la reina.

PEON DEL GAMBITO. En los gambitos, el peon del rey ó de la reina del segundo jugador, después de haber comido al peon del alfil del rey ó al del alfil de la reina del primer jugador, se llama **PEON DEL GAMBITO**.

COMPONGO. Expresion de que se usa cuando se toca una pieza sin tener intencion de jugarla.

PIEZAS SECUNDARIAS son los alfiles y los caballos.

PEON PASADO es aquel al cual no estorba un peon contrario el llegar á su 8ª casa, en el concepto de que es preciso que el adversario no tenga peon alguno en la misma columna ni en las columnas adyacentes ó confinantes.

HACER IR UN PEON A DAMA es cuando un peon, llegado á la 8ª casa de su columna, adquiere entonces la fuerza de una reina, de una torre, etc.

TABLAS. Cuando un jugador, teniendo que jugar, se encuentra situado su rey de tal suerte que no puede jugarle sin entregarle y que al mismo tiempo no tiene otra pieza ó peon que pueda marchar, se dice que el partido se ha hecho tablas y es nulo.

COGER AL PASO. Colóquese un peon negro en la 2ª casa del caballo de la reina negra, y un peon blanco en la 4ª casa del alfil del rey ó del alfil de la reina del primer jugador, es evidente que si se avanza á una sola casa el peon negro, podrá comerle el peon blanco; pero si se avanza á dos casas, puede también ser comido por el peon blanco de la misma manera que si le hubiese avanzado á una casa: eso se llama **COGER AL PASO**, porque el peon pasa por encima de una casa atacada por el peon del contrario. Advértase bien que aquí no se trata mas que de los peones, pues las demás piezas no pueden ni comer ni ser comidas **AL PASO**.

LA SOCIEDAD DE LOS AHORCADOS.

Ahora unos diez años contaban los periódicos ingleses una peregrina aventura trágica, de la cual uno de sus principales actores fué aprendido en Paris á principios de agosto del año pasado (1851).

El caso era un doble crimen cometido en los términos siguientes:

El doctor Faust-Werther, de Stuttgart, habiendo alcanzado de la suprema corte de justicia la licencia de que se le entregara el cadáver de un ahorcado para ha-

cer en él estudios frenológicos¹, le mandó trasportar á su gabinete, verdadero laboratorio de un astrólogo de la edad media.

Era el sujeto un picaro de los mas redomados, un bandido completo, que bien habia merecido la horca.

En presencia del cadáver, píusose el doctor Werther á palparle los bultos, con

¹ Frenológico es lo que pertenece á la FRENOLÓGIA ó parte de la metafísica que tiene por objeto el estudio de las facultades intelectuales.

el ánimo de sacar embustera á la frenología: el bulo de la inocencia predominaba de una manera triunfante, con lo cual el doctor admirado se habló poco mas ó menos estas razones:

—¿Seria posible que ya no fuera positiva la ciencia? ¡Habrá mentido Gall, ó se habrá engañado!

Mientras hacía este solloquio, practicó una incision en el cuello del reo que todavía estaba calentito, pues habíansele entregado acabado de ajusticiar. No bien comenzaba la operacion el doctor cuando le distrajo la llegada de un diplomático, viejo él, que iba á consultarle: dejó al cadáver para recibir á la visita y pasó con ella á una pieza inmediata.

Durante este intermedio el ahorcado habia vuelto en sí: el aire que se habia entrado seguramente por el músculo externo clavicular le habia restituido la vida poco á poco. Echa la vista en torno de sí, y admírase de encontrarse en un paraje de apariencia extraña pero cómodo. Levántase entonces, dió varias vueltas, tocóse varias veces, estancó la sangre que le salia de la herida que en el cuello tenia, púsose la ropa que á la mano encontró, apoderóse de un reloj y de algunas otras cosas y ya estaba buscando el modo de escurrirse, cuando volvió el doctor.

Llenóse éste de horror al ver en sus dos pies al ahorcado.

—Caballero, díjole el ahorcado advirtiéndole su terror, bien sabe usted lo que soy yo: dos horas há era yo un malvado consumado; pero en este momento, agregó mirando al reloj,

—Es mi reloj, dijo el doctor.

—Bien puede ser, prosiguió el bandido; pero desde ayer pasan cosas tan extrañas por mí, que suplico á usted, que debe saberlo, me explique si estoy vivo, ó si estoy en el paraíso ó en el infierno.

El doctor á esto refirió al ahorcado có-

mo por interés de la ciencia habia logrado que le diesen su cadáver.

—La ciencia ignora lo que yo sé, exclamó el pretense ahorcado, y he merecido vivir, pues puedo revelar á usted cosas muy peregrinas. Mucho se ha dicho siempre de los deleites de un ahorcado, pero no hay quien haya podido describirlos: usted sí lo podrá, pues yo se los diré. Imagínese usted los deleites del cielo y los tormentos del infierno todo á un tiempo, etc.

—Ya tenemos asegurada nuestra suerte, exclamó de pronto el doctor: te crean muerto, y te quedarás conmigo.

A los ocho dias de esto el doctor Faust-Werther llegaba á Londres, donde no tardó en establecer la famosa Sociedad de los Ahorcados; y cuantos *excentricos* habia en Londres no tardaron en filiarse en ella.

Muchos hombres llevados de la curiosidad concurrían á la casa del doctor en busca de las emociones de la ahorcadura. Colgados por el tiempo preciso, sentían unos éxtasis que arduo sería describirlos.

El doctor con reloj en mano, contaba los minutos y las pulsaciones, y al punto que consideraba que la muerte iba á suceder á la vida, mandaba á su ayudante, que era el mismísimo ahorcado consabido, que cortara la cuerda.

La policia de Londres, el dia menos pensado, mandó cerrar el establecimiento del doctor Faust-Werther y aun él recibió orden de salir de Inglaterra inmediatamente.

Entre los clientes mas asiduos de la Sociedad de los Ahorcados, el mas notable era lord Q., el cual en cuanto supo que el doctor salia de Inglaterra quiso acompañarle.

Bajáronse los dos viajeros en una posada de Duvres. Después de una opiparata cena, lord Q., pidió sus postres, pe-

ro por efecto de una humorada de gran señor quiso que el doctor le secundase: cedió esto, y siguiendo el ejemplo del lord hizo que el facineroso de Stuttgart le colgase en compañía de aquel, recomendándole que tuviese mucho cuidado de oprimir la soga dentro del término que le designó.

Mientras el doctor y el lord hacían su chistoso duo de ahorcadura, el feliísimo criado pilló los billetes de banco y las alhajas de ambos y tomó el portante.

Al dia siguiente el mozo de la posada, al entrar en el aposento para asearle, se encontró con los dos cadáveres.

Uno de los últimos dias de enero del año pasado (1851) aprendióse un portosiero en las calles de Paris: ciertos papeles en inglés que se le hallaron dieron lugar

á una averiguacion minuciosa, de la cual se sacó en claro que el tal portosiero habia gastado en Paris considerables sumas; que habia vivido durante bastante tiempo con todos los visos de hombre acomodado, pero que en fin, habia caído en la mas completa miseria.

Creyéase al pronto que seria alguno de los falsedadores que años atrás habia puesto en circulacion unos billetes falsos del banco inglés, y dióse aviso á la policia inglesa, la cual envió uno de sus agentes á Paris. En suma, el misterioso mendigo se ha descubierto ser el malhechor de Stuttgart, asesino del lord Quawkerson y del doctor Werther, y se le ha despachado á Londres.

ECONOMIA DOMESTICA.

BOLSITAS DE OLORES.

Tómese: de lirio de Florencia, cuatro onzas; de cáalamo aromático, dos onzas; de sándalo citrino, dos dracmas; de clavos de especia, dos dracmas; de benjuí, cuatro dracmas; de bergamotas verdes ya secas, una onza. Hágase todo polvo grueso.

Hágase una ó mas bolsitas de papel, de seda ó de otra tela, y líenese con el polvo que se tiene dispuesto.

Sirve esto para aromatizar la ropa y los muebles, entre los cuales se pone la bolsita. Muchas señoras la traen en el seno ó en sus faltriqueras.

OTRO COMPUESTO MAS SENCILLO.

Rosas secadas á la sombra, ocho onzas; clavos de especia quebrantados, cuatro dracmas; nuez moseada tambien quebrantada, cuatro dracmas.

El incienso, la mirra, el ámbar gris, el

estoraque, el macis, el sándalo citrino son los ó mezclados pueden servir á componer bolsitas.

AGUA DE BOTOT PARA LA BOCA.

Grana en polvo, media dracma; Anís verde en polvo, una onza; Canela machacada, media dracma; Clavos de especia machacados, media dracma.

Mézclese todo en una botella, que contenga poco menos de media azumbre de aguardiente muy fuerte, seciúdate esta botella durante veinte dias. Pásese todo por papel de estraza, y cuando ya lo esté, añádasele:

Esencia de yerbabuena, media dracma; Alcohol de ámbar, media dracma.

Tápese bien la botella cada vez que se saque de ella el agua de Botot para llenar una botellita.

LA BATALLA DE LA VIDA.

HISTORIA DE AMOR.

POR CARLOS DICKENS.

TERCERA PARTE.

Seis años mas de edad tenia el caduco mundo desde la noche consabida del regreso.

Erase una calurosa tarde de otoño, y habia llovido con temeridad. De súbito rompió el sol las nubes é iluminó el antiguo campo de batalla, el cual reflejó los alegres rayos del astro del día en los ribazos vecinos.

A la entrada del vecino lugar, una pequeña posada cómodamente abrigada con un olmo vasto adornado de un banco circular demasiado angosto para los ociosos, presentaba al viajero su alegre frontís y silenciosamente le prometia un afectuoso recibimiento. Las cortinas encarnadas del piso bajo y las cortinas blancas de los cuartos superiores parecian decir cada vez que soplabla la brisa:

—¡Entrad!

En los postigos verdes, se leían muchas lindezas de cerveza, de vinos generosos y de buenas camas. Estaban las ventanas ataviadas con flores sembradas en tiestos de un rojo sobresaliente, y que resaltaban con primor sobre la blanca fachada de la casa. En el umbral de la puerta veíase el honrado bulto del huésped, hombrecillo rechoncho que se mantenía de pie, metidas ambas manos en las faltriqueras y suficientemente abiertas ambas piernas para manifestar una seguridad perfecta en punto á las comodidades de su casa.

La pequeña posada en su origen habia adoptado un rótulo bastante peregrino: llamábase El Rallo de Moscada. Debajo, habia escrito en letras de oro el nombre de BENJAMIN BRETAFÑA.

Examinando de cerca la cara del posadero, que se mantenía en el umbral de la puerta, se habria conocido á media vista á Benjamín Bretaña, tal cual cambiado por el tiempo, pero cambiado en provecho suyo. Era él con todas veras lo que se llama un huésped agraciado.

—Mistress Bi tarda, díjose mister Bretaña; ya es hora de tomar el té.

Mientras llegaba mistress Bretaña, púsose él á pasearse de arriba abajo delante de la casa, á la que de vez en cuando echaba la vista con ufanía.

—Esta es de seguro, hablaba consigo Benjamín, la casa donde yo pararia con todo gusto si no fuera su dueño.

Luego fuése hácia la valla de su huerto y dió una ojeadá á sus dalias que habia maltratado la lluvia.

—Preciso será teneros presentes, dijo Benjamín; hablaré de vosotras á mi mujer; cómo tarda!

La mujer de mister Bretaña era tan rígorosamente su mitad, que durante la ausencia, la otra mitad de él mismo estaba completamente amodorrada y caída de ánimo.

—Y no era cosa lo que tenia que hacer,

díjose Bretaña. Unas comprillas en el mercado, y parad de contar. ¡Ah! ¡por fin, ya está aquí!

Un carromato guiado por un mozo acababa de avistarse á la vuelta del camino. En el asiento delantero venia sentada una mujer rolliza rodeada de canastas y bultos de todo género. Su buena y gozosa cara expresaba un contento perfecto y se mecía de aquí para allí, al grado de los saltos del carruaje. Al punto que el vehículo hubo parado á la puerta del Rallo de Moscada, un par de zapatos bajo del estribo y se deslizó en los brazos abiertos de mister Bretaña, luego cayó en el empedrado con una pesadez que no podia menos de ser propia de los zapatos de Clemency Newcome.

Eran en efecto los suyos, en los cuales apareció ella en persona con su honrada cara y sin novedad.

—¡Qué tarde vienes, Clemency! dijo mister Bretaña.

—Es que, ya ves, tenia yo un monton de cosas que hacer, respondió ella teniendo el mayor cuidado en el transporte de los bultos y de las canastas dentro de la casa. Ocho, nueve, diez. . . ¿Dónde está el oncenos? . . . ¡Ah! bien, aquí está. . . Harry¹, llevad el caballo á la caballeriza, y si vuelve á darle la tos, dadle á beber algo caliente. . . ¿Cómo están las criaturas, Ben?

—Como unos angelitos, Clemency.

—¡Hijos de mi vida! dijo mistress Clemency quitándose el gorro y alisándose el pelo con ambas manos. Y á esto, viejo, ¡no me abrazas!

Mister Bretaña abrazó á su mujer.

—Creo, dijo mistress Bretaña registrándose los bolsillos, de los cuales sacó multitud de libritos y papeles ajados, creo que no se me ha olvidado nada. Todas las cuentas están pagadas. . . vendidos los nabos. . . arreglada la cuenta del cer-

vegro. . . . En cuanto á la del doctor Heathfield. . . ¿qué te parece que ha sucedido? . . . no ha querido recibir nada el doctor, Ben.

—No me admiro.

—Dice que si veinte hijos llegaras á tener, los cuidaria á todos sin cogerte un penique.

Púsose seria la cara de mister Bretaña y clavó en la pared los ojos.

—¿No es una generosidad suya? dijo Clemency.

—Sí, pero no abusasé yo de esa generosidad.

—¿Caramba! no. ¡Ah! se me pasaba. . . he vendido el jaco por ocho libras y dos chelines¹. . . ¿Te parece bien?

—Mucho muy bien.

—Eso me alegra á mí. . . Oye, cógete toditos esos papeles y méte los debajo de llave. . . ¡Ah! aquí tienes un rotulon fresquito para pegarle á la pared.

—¿Qué rotulon es ese?

—No te daré razon, pues no lo he leído.

—“De venta en pública subasta” leyó el posadero del Rallo de Moscada, á menos que se encuentre un postor antes de la época fijada para la venta.

—Siempre ponen eso, dijo Clemency.

—Sí, pero no ponen siempre lo que sigue, prosiguió Bretaña volviendo á su lectura: “casa y dependencias, etc., etc. Los señores Smithey y Craggs, etc., etc. Porcion libre de la propiedad de Michael Warden, *esquire*, quien tiene ánimo de prolongar su estada en pais extranjero.

—Ánimo de prolongar su estada en pais extranjero! repitió Clemency.

—¡Sí. . . lee tú!

—Cuando pienso en que hoy mismo he oido decir en la antigua casa que en breve habria noticias de Maruca! dijo Clemency sacudiendo tristemente la cabeza y a-

¹ Cuarenta pesos y cincuenta centavos (40 pesetas 4 reales.)

cariciándose los codos, como si la memoria del tiempo pasado hubiese despertado sus costumbres viejas sin advertirlo ella. ¡Jesús, Jesús! buena pesadumbre van á tener por allá!

Mister Bretaña despidió un profundo suspiro y menó la cabeza diciendo que no entendía palabra: tiempo hacia que había desistido de todo empeño por entender. Después de esta observación pásose á pegar el rotulón y Clemency salió para ir á ver á los chicos.

Bien que el posadero del Rallo de Moscú cada tuviese un vivo cariño á su excelente consorte, en este sentimiento había, como en el pasado, algo de protección: divertiale mucho Clemency. Habíale cogido muy de nuevo el que á algún hubiera ocurrido decirle que su mujer era quien disponia todo en la casa y quien con su perseverancia, con su buen humor, su honradez y su actividad le había convertido á él, Benjamin Bretaña, en lo que á la sazón era. ¡Tan cómodo así es, en todas las circunstancias de la vida, el no estimar sino en el valor que modestamente se dan, á esas gentes francas que nunca hablan del mérito suyo, mientras admiramos las rarezas de ciertas personas que no valen lo que nosotros y cuya inferioridad advertiríamos si nos tomásemos el trabajo de estudiarlas de cerca!

Mister Bretaña gustaba decirse que se había casado con Clemency por pura descendencia: era ella á sus ojos un testimonio constante de la bondad de su propio corazón y de la generosidad de su propio carácter; y al verla tan buena esposa, decíase que la virtud halla siempre en sí su recompensa.

Mister Bretaña, ya que hubo pegado el rotulón, aguardó, meditando ese punto, á que Clemency viniese á servir el té. A poco llegó ella, después de haber visto por sus ojos que los dos chicos Bretaña esta-

ban ocupados en jugar pacíficamente en la cochera al cuidado de Betsy; aya suya. Mister Bretaña y su consorte se sentaron entonces á la mesa.

—Esta es la primera vez en el día de hoy que puedo sentarme á mis anchuras, dijo mistress Bretaña respirando con todas sus ganas como si no tuviese ya que levantarse en toda la noche, lo cual no le impidió que lo hiciera un instante para servir té á su marido y prepararle unas rebanadas de pan con mantequilla. ¡Cómo me trae á la memoria el otro tiempo el rotulón ese!

—¡Ah! dijo entre dientes Bretaña tomando su taza como se coge una ostra y tragándose el contenido según el mismo principio.

—Ese mister Michael Warden, prosiguió Clemency echando los ojos al rotulón, con traza de pena; él es el que me ha hecho perder mi acomodo.

—También él es el que te ha hecho hallar un marido, dijo mister Bretaña.

—Es verdad, y se lo agradezco.

—El hombre es la criatura de la costumbre, dijo mister Bretaña mirando á su consorte por encima de la taza. Yo, sin saber bien á bien cómo, me había acostumbrado á tí, Clemency, y conocía que no podría hallarme sin tí. Por lo tanto, nos hemos vuelto marido y mujer. ¡Ja, ja, ja! “¡Nosotros!” ¿quién nos lo hubiera dicho!

—¡Sí, quién nos lo hubiera dicho! exclamó Clemency. ¡Qué bueno has sido tí!

—¡Qué! replicó mister Bretaña haciéndose el modesto, eso no merece la pena...

—¡Mucho que sí, Ben! repuso con suma naturalidad su consorte, y no me acuerdo de eso sin agradeceréte, de veras. ¡Ah! dijo contemplando nuevamente el rotulón; ¡míla de mi alma! después que se marchó y ya que estuvo fuera de alcan-

1 Betsy, Isabel.

ce, no pude menos de contar lo que sabía, por su propio interés y por el de todo el mundo. ¡No hice bien, Ben?

—Bien ó mal, está hecho.

—Y el doctor Jeddler, siguió Clemency descansando su taza de té; el doctor Jeddler, en su cólera y su dolor, me despidió de su casa. ¡Qué gusto tengo de no haberle dicho áquel día ni una palabra de disgusto y de no haberme enojado con él, pues de entonces acá se ha arrepentido bien de su proceder conmigo! ¡Qué de ocasiones, aquí, en este mismo cuarto, me ha dicho que sentía haberse portado como lo hizo! Todavía ayer, mientras andabas tú fuera, me lo repitió. ¡Cuántas ocasiones se ha pasado las horas enteras en este cuarto hablándome de lo que me interesa; todo eso, en memoria de las cosas pasadas, y porque sabe que “ella” me quería, Ben!

—¿Cómo has adivinado eso, Clem? preguntó mister Bretaña admirado de ver que su consorte había alcanzado una verdad que “él” comenzaba no más á entrever.

—¡Caramba! ¿qué se yo! respondió Clemency soplando su té para enfriarle. Ya tendría yo mis trabajos para decirlelo, así me ofrecieras cien libras.

Tal vez mister Bretaña habría seguido tratando esta materia metafísica á no ser por la llegada de un *gentleman* vestido de luto. Juzgando por sus botas calzadas de espuelas y su capa, entendiase que acababa de apearse del caballo el forastero. Clemency se puso al punto en pie: mister Bretaña se levantó también después y saludó á su huésped.

—¿Gustais subir la escalera, señor? Os daremos un aposento bonito, dijo Clemency.

—Gracias, dijo el forastero mirando de hito en hito á la consorte de Bretaña. ¿Podré estarme aquí?

—¿Cómo no, si lo dispones así? dijo Clemency. ¿Queréis que se os sirva algo?

El rotulón había excitado la atención del forastero, quien se puso á leerle.

—Excelente propiedad, caballero, dijo mister Bretaña.

No respondió el caballero: cuando acabó de leer volvió á Clemency y le dijo, mirándole con mas cuidado:

—¿Me hablabais, creo?

—Os preguntaba, caballero, lo que queriais que os sirviesen, respondió Clemency examinándole tambien.

—Si gustais servirme *ale*¹, ahí, junto á esa mesita contra la ventana, os lo agradeceré mucho.

Hablando así, el forastero se fué á sentar en la mesa que había designado y se puso á mirar para afuera. El tal era un guapo/caballero, en lo vigoroso de la edad: su rostro, muy moreno por el sol, estaba sombreado por una espesa cabellera, y traía bigote. Habíndole sido servido el *ale*, llenóse el vaso y bebió alegremente á la prosperidad del establecimiento, y luego agregó soltando el vaso:

—¿Esta casa es nueva?

—No nuevécita, caballero, dijo Bretaña.

—Tiene cosa de cinco ó seis años de hecha, saltó Clemency recalando estas palabras.

—Me parece haberos oído pronunciar el nombre del doctor Jeddler, al tiempo de entrar yo, repuso el forastero. Ese aviso me hace acordarme de él, pues he oído á varias personas hablar de su familia... ¿Vive todavía?

—Sí, señor, contestó Clemency.

—¿Está muy cambiado?

—Desde qué tiempo, caballero? replicó Clemency apoyando sobre las palabras con afectación.

—Desde... la fuga de su hija.

—¡Sí! muy cambiado está, desde entonces.

1 El, cerveza dulce.

ces. Con todo, bien que esté muy extenuado, le creo feliz ahora. Visita con frecuencia á su hija mayor, y eso le alegra. En los primeros tiempos estaba muy perdido, y nos quebraba el alma verle andar de aquí para allí, siempre triste, por el país; pero á la vuelta de dos años habló con cariño de su hija y no se cansaba ya de decir que era muy hermosa y buena muchacha. La había perdonado. Fue por el tiempo del casamiento de miss Engracia. ¿Te acuerdas, Bretaña?

Mister Bretaña hizo una señal afirmativa.

—Segun eso, la otra hija del doctor está casada? preguntó el forastero.

Luego, tras una corta pausa:

—¿Con quién? agregó.

A esta pregunta se trastornó Clemency, de tal suerte que estuvo á pique de volcar la mesa.

—¿Nunca os lo han dicho? preguntó.

—Nunca, y quisiera yo saberlo, respondió el forastero llenando su vaso y llevándole á los labios.

—Ah! eso sería una historia larga de contar toda, dijo Clemency con distraído semblante. Larga historia sería, crédmelo.

—Norabuena, en cuatro palabras, contádmela.

—Pues entonces, ¿qué queréis que os diga sino que todos juntos la lloraron como se llora á una persona muerta, y que hablaron de ella con amor? Todo el mundo sabe eso, y yo mejor que nadie, dijo Clemency enjugándose los ojos.

—¿Y luego?

—Luego, el caballero Alfredo paró en casarse con la hermana. Una noche, paseándose por el vergel con miss Engracia, díjole á esta: "Engracia, ¿queréis que nos desposemos el cumpleaños de Maruca?" Y el casamiento se celebró ese día.

—¿Son felices?

—Cuanto cabe; no tienen mas pesar que el haber perdido á Maruca.

Clemency al hablar así levantó los ojos y miró al forastero. Mientras que este parecía estar absorto en la contemplación de los objetos exteriores, púsose á hacer energicas señas á su marido, enseñándole el rotulón y moviendo los labios como para articular una palabra muy significativa; pero como la palabra no llegaba á ser pronunciada y Clemency proseguía con su extraordinaria pantomima, no comprendiendo nada mister Bretaña en la conducta de su mujer, cayó en un estado de exasperación inconcebible. Miraba alternativamente y con cara de bobo á la mesa, al forastero, á las cucharas y á su mujer; luego, siguiendo con una ansia que iba en aumento los gestos incomprensibles que Clemency no paraba de hacerle, contestábele con otros gestos que daban á entender su confusión y su perplejidad.

Cansada al fin Clemency, no pensó ya en darse á comprender, y arrojando poco á poco su silla á la del forastero, clavóle la vista, aguardando que le dijera algo. No tuvo que esperar mucho, pues él volviéndose de pronto hacía ella:

—Y ¿qué suerte corrió la niña?... dijole. Entiendo que se sabrá.

Clemency meneó la cabeza.

—He oido decir, respondió, que el doctor Jeddler sabe acerca de eso mas de lo que cuenta. Miss Engracia ha recibido cartas de su hermana en que esta decía que se encontraba feliz, y particularmente contenta por saber que estaba casada con el caballero Alfredo. Pero hay en sus aventuras y en su existencia algo que hasta el día no ha sido puesto en claro, y que...

—Y que... repitió el forastero.

—Y que no hay mas que una persona en el mundo, creo yo, que pueda explicarlo.

—¿Quién es esa persona?

—El caballero Michael Warden! exclamó Clemency mirando de hito en hito al forastero. ¿Me conocéis, señor? agregó Clemency temblando de emoción. ¿Me reconocéis? os acordáis de la funosa noche... Yo iba con miss Maruca.

—Sí, os conozco dijo Michael.

—Yo os he conocido bien... Ved aquí á mi esposo, caballero... Ben, Ben de mi vida, corre á ver á miss Engracia... corre á buscar á su padre!... ¿adonde lo parceza... pero corre á traer á alguno!

—¡Alto! dijo Michael Warden plantándose entre Bretaña y la puerta. ¿Qué intentais hacer?

—Va á decirles que estais aquí, caballero, respondió Clemency con la mayor agitación. A decirles que pueden saber de ella por vos; que por vos sabrán que no la han perdido para siempre, y que ha de volver para hacer muy feliz á su padre, á su amante hermanita... y á su antigua criada... ¡Corre, corre, Ben!

Y volvió á empujar á su marido hacía la puerta.

—Pero tal vez está ella aquí, agregó mirando al caballero Warden que detenia á mister Bretaña con solo la fuerza de su mirada. Tal vez está aquí... cerquita de nosotros. ¡Señor, señor! dejádmela ver! Yo la he cuidado desde chiquita y la he visto crecer y ponerse hermosa. Yo vivía con ella cuando era novia del caballero Alfredo. Yo traté de estorbar el que se fuera. Si hubierais visto la casa de su padre cuando ella era como quien dice su alma, y si supiérais cuán otra está desde que se marchó. ¡Por Dios, dejádmela hablar!

Y miró el caballero Warden á Clemency con lástima y sorpresa, pero sin proferir una palabra, sin hacer gesto alguno de asentimiento.

—Seguramente no sabe, prosiguió Clemency, que está tiempo hace perdonada.

—No sabe con qué extremo la aman y qué gusto tendrían de volver á verla! Tal vez no se atreverá á volver á su casa, pero en cuanto me vea cobrará ánimo. Decidme no mas la verdad, caballero Warden: ¿ha venido con vos?

—No, respondió el caballero Warden con acento de tristeza.

Esta respuesta, su traje, sus ademanes, su imprevisto regreso lo explicaron todo. ¡Había muerto Maruca!

—No trató el caballero Warden de discurrir á Clemency.

Clemency ocultó la cabeza entre sus manos y rompió en sollozos.

En esto un anciano de cabellos canos entró precipitadamente: era moseo Snitchey, el abogado.

—¡Gran Dios! exclamó con turbada voz llevándose aparte al caballero Warden, ¿qué motivo es ha hecho volver?

—Un motivo doloroso, respondió el caballero Warden. Si supiérais lo que ha ocurrido poco há; si supiérais los imposibles que me han sucedido que efecte yo. ¡Si supiérais, por último, la aflicción de que soy mensajero!

—Harto lo advino, replicó Snitchey; pero ¿por qué habeis entrado en esta casa, señor mio?

—¿Por qué? ¿Cómo habia yo de saber que la ocupaban los que la ocupan? Después de haberos despachado mi mozo entré en esta posada porque no la conocia yo y porque sentia una curiosidad muy natural por ver las novedades que habian en esta tierra después de mi ausencia. Además, esta casa está á cierta distancia de la ciudad, donde no querian yo dejarme ver sin antes hablar con vos. También deseaba yo saber lo que me dirian, y adiviarlo por vuestra traza que podreis satisfacerme. Ya estaria yo al cabo de todo, una hora hace, sin vuestra condescendiente inspección.

—“Nuestra” circunspeccion! replicó el abogado. Hablando por mí y por... el difunto Craggs (aquí maese Snitchey echó los ojos al crespón de su sombrero y meneó la cabeza), ¿cómo podéis tener que vituperarnos, caballero Warden? Hablamos acordado que el negocio no le habíamos de tocar por no ser el caso de esos en que unos hombres graves y prudentes como nosotros (he tomado nota de las observaciones hechas en su tiempo por vos sobre el particular), en que unos hombres graves y prudentes como nosotros podían tomar cartas, ¡Nuestra circunspeccion, decís! Cuando el caballero Craggs descendió á su respetada tumba, llevó consigo la firme convicción...

—Yo os había prometido solamente, interrumpió el caballero Warden, el guardar silencio hasta mi vuelta, fuera cuando fuese, y he cumplido mi palabra.

—Muy bien, señor nuestro, respondió maese Snitchey; pero nosotros también nos habíamos comprometido á observar la misma discrecion. Estábamos en el caso de callar por deber para con nosotros mismos y para con muchísimos clientes de suma reserva. No nos convenia preguntaros sobre un negocio tan delicado. Yo tenia mis recelos, señor mío, pero ahora cosa de seis meses supe lo cierto, y sé á no dudarlo que habeis perdido á Maruca.

—¿De quien lo habeis sabido?
—Del mismo doctor Jeddler, que ha parado en confirmarse de su motivo este secreto. El, no mas él, ha sabido la verdad desde hace unos años.

—¿Y vos la sabeis ahora?
—Sí, señor. Además tengo mis fundamentos para creer que el secreto será revelado mañana en la noche á su hermana: se lo han prometido. De ahora para entonces quizá me hareis la honra de habitar mi casa, ya que no os esperan en la

vuestra. Mas para que no os veais expuesto á trabajos como los que habeis pasado, bien que estais tan cambiado que yo creo que habria pasado á vuestro lado sin conoceros, para que no os veais expuesto á otros aprietos, digo, haríamos bien en comer aquí. En la noche iremos á pie á mi casa. Se come muy bien en esta casa, que os pertenece, caballero Warden. Yo mismo y el difunto Craggs veníamos una que otra vez á comer una castilla, y éramos perfectamente servidos. ¡El caballero Craggs, caballero, añadió Snitchey cerrando un ratito los ojos, el caballero Craggs ha sido testado demasiado presto del libro de la vida!

—Perdóneme Dios el que no tome yo parte en vuestra aficcion, replicó Michael Warden pasándose por la frente la mano, pero me parece como que vivo soñando y no estoy en todos mis sentidos. Me hablabais del caballero Craggs... sí... Siendo mucho la pérdida del caballero Craggs. Pero al estar hablando no dejaba de mirar á Clemency y mostraba confrontar con Ben que se esforzaba por consolarla.

—El caballero Craggs, caballero, no habló la vida, y con pesar lo digo, tan fácil de practicar como se lo había enseñado su teoría; de otra suerte nos acompañara todavía. Ha sido una pérdida muy grande para mí; él era mi brazo derecho, mi pierna derecha, mi oído derecho, mi ojo derecho, ¡pobre caballero Craggs! Sin él ya no valgo nada. Ha legado á mistress Craggs su parte en todos los negocios de nuestra casa, que hasta hoy conserva su nombre. A veces tengo la niñada de hacer como que existe aun mi socio. Podéis notar, señor mío, que hablo por mí y el difunto Craggs... y el difunto Craggs, añadió el sensible abogado extendiendo su pañuelo.

Quando maese Snitchey acabó de hablar, Michael Warden, que no había quitado de Clemency sus ojos, se volvió há

cia él y le dijo unas cuantas palabras por lo bajo.

—¡Ah! ¡pobre criatura! dijo Snitchey acochando la cabeza; sí, pues ella ha sido siempre fiel á Maruca; siempre la ha querido entrañablemente. ¡Preciosa Maruca! ¡pobre Maruca!... ¡Vamos!... no os afijais, mistress... Ahora sí puedo llamaros mistress Clemency, pues que sois casada.

Por toda respuesta Clemency suspiró y meneó tristemente la cabeza.

—¡Bien, bien! ¡esperad hasta mañana! dijo el abogado con un acento lleno de bondad.

—Mañana no han de resucitar los muertos, replicó sollozando Clemency.

—Es verdad, que si así fuera, nos restituiria al difunto caballero Craggs; pero si puede suceder que mañana haya circunstancias “atenuantes,” bien puede ser que tengamos algunos consuelos... Esperad hasta mañana, añadió tendiendo la mano á Clemency.

Apretó Clemency la mano á maese Snitchey con semblante de resignacion, y Breñaña á quien el dolor de su mujer habia acojonado sobre manera, prestó su aprobacion á los afectuosos consejos de maese Snitchey. Este subió entonces la escalera con Michael Warden y ambos comenzaron en voz baja una conversacion íntima, cuyo secreto protegian tanto el ruido de los platos y de los platonos, el chisporroteo de la sartén de freir, el hervidero de las cacerolas, la monótona rotacion del asador que á cada instante dejaba oír un grito agudo, como si en un ímpetu de vértigo hubiese recibido algun golpe mortal en la cabeza; en suma, todos los preparativos que en la cocina se hacian para la comida de los señores consabidos.

El día siguiente hizo un tiempo hermoso y sereno; y en parte ninguna los tintes

del otoño se ostentaron mas espléndidos que en el tranquilo verjel de la casa del doctor.

Allí se habian deshecho las nieves de no pocas noches hibernales; allí habian zurrado no pocas hojas desecadas por no pocos veranos, desde la huida de Maruca. De nuevo estaba en flor la madreisela del pórtico; delinéabanse sobre la yerba las sombras mudables y salutíferas de los árboles; tenia el paisaje la apacible serenidad de los días mas hermosos; pero ¿dónde estaba Maruca?

Ella no estaba allí. La presencia suya aquel día en la antigua habitacion habria producido una novedad mayor que la novedad que en otro tiempo causó su desaparicion; pero en este paraje familiar encontrábase una jóven cuyo corazon habia conservado siempre la memoria de Maruca, memoria inalterable, siempre fresca, radiosa en promesas y esperanzas. Esta jóven, madre ya, pues una niñita adorada jugaba á su lado, habia mantenido su ternura tan entrañable, tan profunda por Maruca, y en este momento este nombre temblaba en la punta de sus labios.

El alma de la doncella perdida respiraba en los ojos de Engracia, esta hermana tan amada. El día este era el doble cumpleaños de su casamiento y del nacimiento de Maruca; y Engracia habia venido al verjel con su criaturita y su marido. No se habia hecho este ni de fama ni de riquezas, no habia dado al olvido ni las escenas ni los amigos de su juventud; en una palabra, no habia justificado ninguno de los vaticinios del viejo doctor. Mas con sus visitas caritativas, frecuentes é ignoradas al albergue del pobre; con sus desvelos á la cabecera del enfermo; con su conocimiento cada día mas profundizado de las virtudes modestas que florecen en los senderos de la vida y las caules, en lugar de ser holladas por la plan-

ta pesada de la pobreza, nacen con libertad bajo sus pesos y agracián su ruta, había el aprendido mejor y mejor sentido, en la sucesion de los años, la verdad de sus primeras creencias.

Las costumbres de su vida, aunque apacibles y retiradas, le habían revelado que esta vida frecuentaba y sin que lo eschaba de ver, los hombres tienen trato con los ángeles como en los tiempos antiguos, y que las criaturas humanas mas humildes, hasta las que tienen el aspecto mas repugnante y que están llenas de necesidad, se ponen gloriosas á la cabecera del dolor, de la indignidad, de la afliccion y se cambian en espíritus benéficos con una aureola encima de sus cabezas.

Tenia la vida de él un objeto muy mas noble en el campo de batalla transformado, que si la hubiera pasado en las luchas mas ruidosas de la ambicion, y encontró base feliz con Engracia, su esposa de su alma.

—Y Maruca? había olvidado á Maruca?

—Voleces han corrido las horas desde aquella noche lamentable, Engracia miró dijo él, y sin embargo me parecen que há mucho que pasó. Nosotras constantes, no por los años, sino por las mudanzas y los sucesos que ha habido en nosotros.

—No por eso dejan de haberse pasado sus años desde que perdimos á Maruca, respondió Engracia. Seis veces, amor mio, contando con esta noche, hemos venido á este sitio el cumpleaños de ella y hemos hablado del feliz regreso con tanta ansia, esperado y tanto tiempo diferido. ¿Cuándo tendremos el gusto de volver á verla entre nosotros?

Observaba atentamente á Engracia su marido, viendo las lágrimas que asomaban á sus ojos, y acercándose mas á ella, le dijo:

—Pero ¿no te ha declarado Maruca, en la carta de despedida que

dejó encima de la mesa y que tantas veces tienes releída, que era preciso esperar años antes que fuese posible su regreso? —No dice así en la carta?

Sacó Engracia de su seno una carta y besóla.

—No te decía que durante ese trascurso de tiempo, por muy feliz que pudiera ella ser, pensaria siempre en el día en que estuviesen reunidas ambas, y que todo quedaría explicado, supliéndote que guardaras el mismo pensamiento y que abrigaras fe y confianza? ¿No decía así en la carta, vida mia?

—Sí, Alfredo.

—Y no te ha dicho ella lo mismo en todas las cartas que después te ha escrito?

—Menos en la última, la que recibí hace pocos meses, y en que hablaba de tí, así como de las revelaciones que deben hacerse esta noche.

Miró Alfredo al sol que declinaba velozmente, y dijo que la hora citada para las revelaciones era la puesta de este astro.

—Alfredo! saltó Engracia poniendo con viveza la mano en el hombro de su marido, hay en esa carta... esa vieja carta tan frecuentemente releída por mí, como tú decías... hay una cosa de que nunca te he hablado. Pero esta tarde, dueño mio, mientras llega la hora de que el sol se ponga, mientras toda nuestra existencia parece suavizarse y ponerse callada con el día que se va, no puedo guardar el secreto.

—¿Qué secreto, cielo mio?

—Al momento de ausentarse de nosotras, Maruca me escribió aquí, que tú en otro tiempo me la habías confiado á mí, como un depósito sagrado y que ahora al separarse de tí, Alfredo, ella te confiaba en los mismos términos á mí, rogándome, suplicándome en nombre de mi cariño para con ella, de mi cariño para contigo, que no desechara el afecto que tú pon-

drias en mí... y que, lejos de desechar tu afecto, le fomentase y le correspondiese.

—En dos palabras, que me hicieras feliz y me pusieras ufano, Engracia. ¿Eso decía ella?

—Ella quería de esta suerte hacerse vivir bendita y honrada en tu amor, respondió Engracia atrojándose en los brazos de su marido.

—Escuchame, vida mia y escóchame ahí donde estás, dijo el deteniéndola contra su pecho con amoroso abrazo. Ya sé por qué hasta hoy no me has leído ese pasaje de la carta. Ya sé por qué antes de tus palabras ni tus miradas le han dado entender. Ya sé por qué Engracia, á pesar de su amistad tan sincera, para conmigo, manifestaba tanta repugnancia en ser mi esposa. Y entiendo como se esto, alma de mi alma, conozco el valor inapreciable del corazón que late sobre el mío, y doy á Dios mil gracias por el rico tesoro que me ha dado.

Lágrimas derramaba Engracia, pero cuán deliciosas lágrimas!

Al cabo de un corto rato, bajó Alfredo la vista y vió á la niña que jugaba á sus pies con una canastilla de flores, y le dijo que viene cuádr rojo y dorado el sol estaba.

—Alfredo, saltó Engracia levantando de pronto la cabeza, ya está para ponerse el sol. ¿No habrás olvidado lo que debo saber antes de que acabe de ocultarse?

—Sí, tienes que imponerte de toda la historia de Maruca en toda su verdad, vida mia.

—En toda su verdad! dijo ella con voz deprecatoria. Nada se me callará; así me lo han prometido. ¿No es verdad?

—Cierto, te lo han prometido.

—Y la promesa tiene de cumplirse en los días de la puesta del sol, el día del cumpleaños de Maruca. Y mira, Alfredo, va bajando á toda prisa el sol!

—A mí no me toca ya, cielo mio, de-

cirte el secreto. Otros son los labios que han de revelarme.

—Otros labios repitió Engracia.

—Sí, conozco la entereza de tu corazón, tu ánimo, vida mia, y sé que bastará con una palabra de preparación. Has dicho que hábil llegado la hora de que te irupnieran de todo, y has dicho verdad. Prométeme que tendrás bastante fuerza para sobrelevar una prueba... una sorpresa... un choque violento, y al punto llamo al mensajero; aquí cerca está.

—¿Qué mensajero? y qué mensaje trae?

—Estoy comprometido, respondió Alfredo mirándola sin pestañear, estoy comprometido á no decir mas. ¿Piensas comprenderme?

—Temo preguntártelo.

Estaba asustada Engracia al ver la imutacion que se descubria en el semblante de su marido, por mas que este hacia pompe su mirada fuera serena. De súbito, recató ella el rostro detrás del hombro de Alfredo, y suplicó temblando que torva no llamase al mensajero.

—Amor mio, aguardaré á que recobres tu entereza... Pero ya se pone el sol... y estamos en el día del cumpleaños de Maruca... ¿Animo, ánimo, Engracia!

Volvió ella á levantar la cabeza; luego, poniendo en su marido la vista, díjole que estaba pronta. En esto, mientras veía á su marido alejarse, tomó su honomía una sencillez maravillosa con la que se notaba en Maruca durante los últimos dias anteriores á su fuga. Como Alfredo se llevaba consigo á la criaturilla, llamola Elgracia (tenía el nombre de la hermana perdida), y la estrechó á su seno; luego, habiéndole corrido á abrazar á su padre la niña, después de esta caricia, quedose á solas Engracia.

—Sin darse cuenta de sus temores ó de sus esperanzas, Engracia permanecía en

el mismo sitio, inmóvil y clavados los ojos en el pórtico por donde habían desaparecido su hija y su marido.

¡Ah!... ¡qué forma es esa que sale de la sombra del pórtico y se para en el umbral! Esa forma humana con sus blancos vestidos agitados por la brisa de la tarde, y esa cabeza que aprieta el viejo doctor tan apasionadamente á su corazón. ¡Potente Dios! ¿es una visión esa que se abalanza de entre los brazos del anciano, y dando un grito, tendiendo las manos, para precipitarse luego al encuentro de Engracia con irresistible impulso de amor y caer desfallecida entre sus brazos?

—¡Oh Maruca, Maruca! ¡oh hermana! ¡oh alma adorada de mi alma! ¡oh júbilo! ¡oh dicha inefable! ¡te vuelvo á ver!

No era ni un sueño, ni un fantasma evocado por la esperanza y el temor... ¡era Maruca en cuerpo y alma, la amable Maruca! tan bella, tan radiosa, tan libre de penas y de inquietud, tan brillante en medio de su celestial hermosura, que mientras los rayos del sol poniente daban en su rostro reclinado hacia atrás, hubiérala tomado cualquiera por un espíritu que había venido á visitar la tierra para desempeñar en él una obra de caridad.

Tenia ella abrazada á su hermana que había caído sobre un banco y que estaba reclinada sobre ella; estaba ella arrodillada ante su hermana, y enlazada la tenía con sus brazos, sonriéndose con ella, por entre sus lágrimas, sin poder apartar un momento del rostro de su hermana los tiernos ojos.

Y todavía iluminando su frente los últimos rayos del moribundo sol, ya sintiéndose en torno de ambas la benigna serenidad de la noche, rompió al fin Maruca el silencio, con un acento suave, claro, delicioso y en perfecta armonía con el cielo.

—En el tiempo que este hogar era mi

hogar querido, Engracia, como va á volver á serlo...

—No hables, alma de mi alma!... ¡Oh Maruca, estate un momento sin chistar! Engracia, en sus primeros arrebatos de júbilo, amor y sorpresa, no tenía alientos para oír esta voz adorada.

—En el tiempo que este hogar era el mío, Engracia, como tiene de volver á serlo, amábale yo á él con toda mi alma. Amábale yo tanto que, joven como lo era yo, habría dado por él mi vida. Nunca jamás, ni por un instante, he tratado ligeramente su cariño, allá en lo recóndito de mi corazón, pues preciaba yo su cariño sobre todo lo criado. Por mucho, mucho tiempo que haya de eso, y por mas cambiado que todo está, me aligira infinito el que tú que amas tanto, pudieras decir que yo no le amé con toda sinceridad en otro tiempo. Nunca le quise tanto, Engracia, como cuando, tal día como hoy, se ausentó de estos lugares él. Nunca le quise tanto como la noche que yo también me ausenté de esta casa.

Engracia, siempre reclinada contra su hermana, no podía mas que mirarla á la cara, teniéndola entre sus brazos.

—Empero, prosiguió Maruca con apacible sonrisa, él, sin advertirlo había conquistado otro corazón antes de saber yo que tenía uno que darle... Este corazón, en su otro cariño, estaba tan consagrado á mí, era tan generoso, tan noble, que arrancó de raíz su amor, y ocultó de todos su secreto, menos de mí... ¡Ah! ¡quién mas habría sido capaz de descubrir un cariño tan grande sin la perspicacia de la gratitud!... ¡Y ese corazón á dicha tenía el sacrificarse por mí! Pero yo alcancé á ver una cosa en sus profundidades. Comprendí el precio inestimable que tendría para Alfredo, que á pesar de su amor á mí le apreciaba como lo merecía. Comprendí cuánto debía, yo á ese

corazón... Diariamente tenía yo á mi vista los grandiosos ejemplos suyos. Lo mismo que tú hacías por mí, Engracia, conocía yo que podía hacerlo por ti si querías. Jamás descansé mi cabeza sobre la almohada sin rezar llorando para que me fuese dada la fuerza que el sacrificio pedía, y sin hacer memoria de las propias palabras de Alfredo la mañana de su marcha. Había él dicho y me lo habías repetido tú, que todos los días en las luchas del corazón se alcanzaban victorias junto á las cuales nada valían las de los campos de batalla. A fuerza de pensar en las grandes penas sobrellevadas valerosamente en el silencio y el olvido, en medio de las gloriosas é incesantes contiendas de que Alfredo hablaba, parecíame hacerse ligera y fácil mi prueba y aquel que lee en los corazones nuestros en esta hora, Engracia de mi vida, y que sabe que no hay en el mío ni una gota de amargura ó de pesar mezclada con mi dicha cumplida, me dió fuerzas para poder jurar que nunca había yo de ser esposa de Alfredo, que él sería hermano mío y marido tuyo si la resolución que yo tomaba alcanzaba á traer este feliz resultado; pero que nunca jamás... ¡entonces, Engracia, le quería yo mucho!... que nunca jamás sería yo su esposa!

—¡Oh Maruca! ¡Maruca!

—Había yo puesto cuanto de mi parte estaba por manifestarle frialdad...

Maruca estrechó el rostro de su hermana al suyo.

—Mas era arduo el empeño, y tú siempre abogabas calorosamente por él. Había yo probado á comunicarte mi resolución; pero nunca me prestabas oído, nunca querías comprenderme. Acercábase la época del regreso de él. Conocí que ya debía yo penerme á la obra antes de volver á nuestra intimidad de todos los días. Sabía yo que una crisis violenta nos evita-

ría á todos una larga agonía. Decíame yo que con partir entonces sucedería lo que ha sucedido en efecto, con gran júbilo de nosotras dos, ¡Engracia! Escribí á mi tía Marta para pedirle asilo en su casa: consintió ella gustosa, bien que hasta hoy no le he dicho sino una parte de mi historia. En tanto que el paso que á dar iba le discutía yo conmigo misma, con mi amor á ti y al hogar doméstico, el caballero Warden, traído aquí por un accidente, vino á ser nuestro huésped.

—Durante estos últimos años, mas de una vez, he pensado temblando en eso, exclamó Engracia cubriéndose de palidez el rostro. ¡No le has amado nunca, añadió, y te has casado con él por consecuencia del sacrificio que por mí te has impuesto!

—Por aquel tiempo, prosiguió Maruca trayendo á sí á su hermana, por aquel tiempo el caballero Warden estaba para marcharse de oculto á un viaje largo. Después de su ida de casa me escribí diciéndome la verdad tocante á su situación, imponiéndome en sus proyectos y ofreciéndome su mano. Había echado de ver, decíame, el sobresalto que me causaba el pensar en el regreso de Alfredo, y creía él sin duda que mi corazón no estaba dispuesto al proyecto de enlace que tenía formado mi padre, ó acaso que ya no amaba yo á Alfredo... ¿Qué sé yo? Pero yo quería persuadirte que Alfredo no podía ya contar conmigo, que había muerto para él... ¿Me comprendes, amor mío? Contemplóla Engracia con perpleja traza.

—Vi al caballero Warden, prosiguió Maruca, y fiándome en su fidelidad le revelé mi secreto, la víspera de nuestra doble partida. Guardó el secreto... ¿Me comprendes ahora, cielo mío?

Miróla Engracia con incertidumbre y como que no la entendía.

—¡Amor mío, hermana de mi alma! pro-

siguió Maruca, recorre un poco tus pensamientos; escuchame. No me dirijas esas extrañas miradas. Hay tierras, mi vida, donde los que descan abjuran una pasión funesta ó luchar contra un sentimiento de su corazón se retiran á una profunda soledad, poniendo una valla insuperable entre ellos y el mundo con sus amores y sus esperanzas. Citando son májeres las que lo hacen, toman ese nombre que tanto nos gusta á ambas, y se llaman hermanas. Pero, Engracia, pueden hallarse hermanas que en el gran mundo en que vivimos, bajo su libre cielo, en medio de la muchedumbre agitada, en la vida en su fondo se esfuerzan por hacerse amables y útiles, pueden hallarse hermanas que sigan los mismos preceptos y quieñes con cotaciones tiernas aun y jóvenes, accesibles á todos los gozos, á todas las posibilidades de felicidad, pueden decir que está terminada la batalla de mucho há, que de mucho há tienen alcanzada la victoria. ¿Yo, yo puedo decir eso? ¿me comprendes ahora? ...

Miró Engracia de hito en hito á su hermana y no respondió.

—Oh Engracia! ¡adorada Engracia! prosiguió Maruca apoyándose más tierna y más apasionadamente en aquel seno lájico del cual tanto tiempo había estado desterrada, si no fueras tú una esposa feliz, una madre feliz; si Alfredo, mi buen hermano, no fuese tu esposo adorado, ¿de dónde me vendría á mí el jabllo que tengo esta noche? Pero vuelvo tal cual era al marcharme; no ha conocido otro nuevo amor mi pecho; mi mano es libre todavía; yo soy lo que antes era, tu Maruca siempre amante; tu Maruca cuyo afecto es tuyo y tan solo tuyo, ¿Engracia!

Engracia comprendió ya: explayósele el rostro, aliviáronla los sollozos, y arrojándose al cuello de su hermana, lloró y

volvció á llorar, acariciándola como en los tiempos de su infancia.

Cuando se habieron calmado un poco sus arrebatos, echaron de ver que el doctor y su hermana, la buena tia Marta estaban junto á ellas con Alfredo.

—Este día no deja de ser triste para mí, dijo la buena tia Marta sonriéndose por entre sus lágrimas y abrazando á sus sobrinas; pues al haceros á todos felices, pierdo mi querida compañera. ¿Qué me dais en cambio de mi amada Maruca?

—Un hermano convertido, dijo el doctor.
—De seguro, replicó tia Marta, ya eso es algo en una farsa como ...

—Oh, calla, por vida tuya! ... dijo el doctor con el acento del arrepentimiento.

—Esa noabuena. ... Sin embargo, yo salgo perjudicada en mis intereses de corazón. No sé qué será de mí sin Maruca, después de haber vivido tantos años con ella.

—Te quedarás con nosotros. ... Ya no pelearemos, Marta de mi vida.

—O si no, os casaréis, saltó Alfredo.

—No séa un mal pensamiento ese, si me tocara por marido, verbi gracia Michael Wardien, que según me dicen ha vuelto á la tierra, cambiado por todos cuatro costados en provecho suyo; pero como le he conocido desde niño y entonces no era yo una doncella muy moza, acaso no haría aprecio de mí. Por tanto, me haré ánimo de acompañar á Maruca y de vivir con ella cuando se case. Mientras, y entiendo que no tendré que esperar mucho, vivire sola. ¿Qué te parece, hermano?

—Me dan ganas de decir que es ridículo este mundo y que no se halla en él nada serio, replicó el pobre doctor con melancólica sonrisa.

—Por mas que dijeras, respondió su hermana, no habria quien te creyera viendo lo que pasa en este momento delante de nosotros.

—Si, este mundo está lleno de corazones nobles, dijo el doctor abrazando alternativamente á sus dos hijas. Es un mundo serio á pesar de todas sus locuras, y de mas á mas, á pesar de mi propia locura, que habria sido suficiente para enloquecer al universo entero; un mundo del que no debemos hablar sino con circunspeccion, pues abunda en misterios sagrados, y solo el Criador sabe lo que cubre la faz de su imagen mas humilde.

No os gustaria mucho, lector, que mi pluma indiscreta os describiera punto por punto el alborozo de esta familia reunida al fin después de tan larga separacion. Por lo tanto no acompañaré al pobre doctor en las memorias de su pasado dolor. No diré tampoco cuán serio llegaba á parecerle este mundo, en el cual un amor profundamente prendido es la suerte de toda humana criatura; menos diré á qué extremo le afigió la ausencia de una pequeña unidad que hacia parte de un todo absurdo, según él; por último no diré cómo, dolida de su desesperacion, su hermana le habia revelado la verdad de mucho tiempo atrás y poco á poco, respecto de la hija, desterrada voluntaria, que le restitua y cuyo corazón le habia hecho conocer.

También me absteneré de referir cómo Alfredo Heathfield habia mucho antes sabido la verdad por conducto de la misma Maruca que le habia prometido imponer de todo á Engracia el día del cumpleaños de esta y hácia la caída de la tarde. ...

—Dispensad, doctor, dijo maese Snitchey presentándose á la entrada del verjel; ¿puedo tomarme la licencia de entrar?

Y sin esperar el permiso, maese Snitchey se fué en derechura á Maruca, y le besó la mano con una cara de pasena.

—Si todavía fuera el caballero Craggs alma de este mundo, mi querida mis Maruca, habria tomado muchísima parte en

la novedad de hoy. Este suceso, caballero Alfredo, le habria enseñado que la vida no es muy fácil y que las mas veces se aviene con todas las pequeñas dulzuras que podemos darle; pero, ¡ay! ... se me olvidaba. ... ¡Mistress Snitchey, vida mia!

A esta llamada la dama entró en el verjel.

—Mistress Snitchey, veos entre antiguos amigos.

Mistress Snitchey después de saludar á la concurrencia tomó aparte á su marido:

—Cuatro palabras, caballero Snitchey, dijo ella. No es mi genio el revolver la ceniza de los difuntos.

—No, vida mia, ya lo sé, contestó maese Snitchey.

—Pero, volvió mistress Snitchey, os diré que el caballero Craggs es. ...

—Difunto, sí, vida mia, difunto, lo sé, interrumpió maese Snitchey.

—Permitidme, no obstante, replicó mistress Snitchey, que os pregunte si os acordais de la famosa noche aquella del sarao. Eso no mas pregunto. Si os acordais y si no habeis perdido de remate la memoria, caballero Snitchey; si no estais ahora en vuestra chochez habitual, os ruego que cotejeis lo que pasó durante la noche consabida y lo que hoy pasa. ... Os ruego que os acordéis de las instancias con que os pedí de rodillas. ...

—¿De rodillas, vida mia? saltó Snitchey. —Sí, dijo mistress Snitchey con entereza, sí, de rodillas, bien lo sabeis. ... Os pedí que os rocéisais de aquel hombre... que observáeis su mirar. ... y ahora os pido que me digas si no tenia yo razon y ¿si Craggs no os ocultaba un secreto! ...

—Mistress Snitchey, respondió maese Snitchey hablándole á su mujer al oído, ¿habeis nunca observado algo particular en "mi" mirar?

—No, nunca, respondió secamente mistress Snitchey. No os adúltais.

—Es que la noche aquella, señora mía, proseguí el tirando de la manga á su mujer, sucedió que Craggs y yo éramos dueños de un secreto que no queríamos comunicar y que el tal secreto tenia que ver con nuestra profesion. Por tanto, mientras menos hablemos del caso mejor será, mistress Snitchey, y deseo que mis palabras os enseñen á ver mas justa y caritativamente otra ocasion. . . . Miss Maruca, os traigo una amiga. . . . Venid, mistresses, añadió haciendo una seña á la consorte de Bretaña.

La pobre Clemency, tapándose los ojos con su delantal, entró paso á paso acompañada de su marido, que decia melancólicamente para su sayo que si su esposa se entregaba al dolor, se acababa el Rallo de Moscada.

—Ahora bien, mistress, le dijo el abogado deteniendo á Maruca que se abalanzaba á encontrar á Clemency y poniéndose en medio de ambas: ahora bien ¿qué tenéis?

—¿Qué tengo!... exclamó la triste Clemency.

A estas palabras, levantó los ojos para manifestar la sorpresa y la cólera que le causaban la pregunta de maese Snitchey no menos que uno como bufido que habia dado mister Bretaña. Mas encontrándose con el apacible rostro de Maruca tan bien grabado en su memoria, miróla con ojos espantados, soltóse á sollozar, reir y aullar, abrazó á Maruca, la apretó entre sus brazos, se apartó de ella para abrazar á maese Snitchey; luego al doctor, por último ocultó su cabeza en su delantal, tras el cual se dió á risadas y sollozos convulsivos.

Entre tanto un extraño se habia enterado en el vergel detrás de maese Snitchey y se habia estado junto á la puerta sin que le viera nadie, pues cada cual estaba muy ocupado y toda la atencion disponi-

ble habíala absorbido el éxtasis de Clemency. Léjos de parecer deseoso de llamar las miradas, el forastero se mantenía aparte con los ojos fijos en el suelo. Su abatido aspecto hacia una contraposición notable con el alborozo general.

Tía Marta fué la única que le vió y fué al punto á platicar con él: á poco llegóse aquella á Engracia y á Maruca, díjole unas cuantas palabras al oído á esta que se estremeció y pareció muy turbada; pero recobrando luego su serenidad, encaminóse tímidamente al extranjero con tía Marta y entró en conversacion con él.

Mientras esto pasaba, maese Snitchey, sacando de su faltriquera un papel que tenia la traza de un documento legal, se apersonó con mister Bretaña.

—Caballero Bretaña, díjole, os doy mil plácemes; ahora sois el propietario unico de la casa conocida con el nombre de Rallo de Moscada. Por culpa del caballero Michael Warden, cliente mio, perdí vuestra consorte ahora años una casa; hoy gana otra. Un día de estos tendré yo el gusto de solicitar vuestro sufragio en las elecciones del condado.

—¿Tendría mi voto el mismo valor si yo cambiara el título de mi casa?

—Sin duda alguna.

—Siendo así, dijo mister Bretaña alargando la escritura de propiedad á maese Snitchey, agregad estas palabras al nombre de mi casa: Y el Dedal. ¿Gustais tomaros esta molestia? En cuanto á las sentencias que tiene escritas el dedal, haré las grabar en otra parte.

—Permitidme reclamar el beneficio de las máximas á que haceis alusion, dijo una voz que salia por la espalda de mister Bretaña. . . .

Era la de Michael Warden.

—Caballero Heathfield. . . . y vos, doctor Jeddler, yo hubiera podido hacerlos mucho mal, pero no tengo mérito alguno por

haberme abstenido de hacerlo. No pretendo ser mas discreto ó mejor después de una prueba de seis años; sin embargo, he padecido durante ese tiempo. No me considero con derecho de solicitar vuestra benevolencia; he abusado de la hospitalidad de esta casa y me abochorno de mi conducta. La leccion que he recibido me ha aprovechado, y debo agradecerla á una persona (dirigió una mirada á Maruca), á una persona á quien rendidamente he pedido perdon, reconociendo su mérito y lo poco que yo valgo. . . . Dentro de unos dias me ausentaré de estos lugares para nunca mas volver. Os suplico que me perdonesis: "Haced con los otros como quisierdes que los otros hagan con vos; jolvidad y perdonad!"

El Tiempo, de quien he sabido la última parte de esta historia, y á quien tengo el gusto de conocer personalmente desde unos treinta y cinco años hace, me ha informado, apoyándose con desgaire en su hoz, de que Michael Warden no se ausentó ya de la tierra, y que en vez de vender su casa, la abrió de nuevo, ofreció en ella una magnífica hospitalidad y tuvo una esposa, orgullo y ornato del país, la cual se llamaba Maruca.

Pero como tengo observado que el Tiempo suele confundir los sucesos, no se bien á bien hasta dónde atenerme á su autoridad.

Traducido por Estimio Romera.

FIN DE LA BATALLA DE LA VIDA.

ECONOMIA DOMESTICA.

CREMA DE ANIS.

Tómense: de granos de anís, una cuarta de libra (cuatro onzas); de azúcar, una libra; de aguardiente, poco menos de media azumbre.

Cuézase el azúcar en dos vasos de agua; cuando esté cocida échesele el anís, luego el aguardiente, y póngase en infusion en un cántaro durante seis semanas.

Filtrese después.

RATAPÍA DE AZAHAR.

Tómense dos onzas de azahares mondados; pónganse en poco menos de media azumbre de aguardiente blanco, déjese en infusion cuatro horas, pásese por tamiz y añádasele una libra de hermosa azúcar.

Al cabo de ocho dias, estando ya bien deshecha la azúcar, pásese por filtro, tápese muy bien y sírvase el licor después de seis meses.

PARA LAVAR EL ENCAJE BLANCO.

Cósase ligeramente el ENCAJE en un paño delgado empapado en agua fria; luego déjesele estar en una jabonadura por un dia; mídese el agua y déjese el ENCAJE en otra nueva jabonadura por toda la noche. Luego póngase en una sarten la cuarta parte de un pan de eera blanca, seis terrones de azúcar, dos cucharaditas de almidon líquido, y media azumbre de agua dulce, en lo cual hiérvase el encaje por diez minutos; échesele luego en agua fria y aplánchese cuando esté casi seco: el añil debe agregarse al agua fria.

PARA LIMPIAR LA CHINA.

Empléese como lo mas propio la tierra de batan muy finamente pulverizada, encajuándola después bien en agua clara muy limpia. Lo mismo puede hacerse con el cristal.

BORDADO.

IV.

ESQUINA PARA PAÑUELO.

Materiales.—Hilo francés de algodón propio para bordar, ó seda de color.

Cósase por encima de las líneas, con puntada al pasado realzada.



EN MI DESTIERRO
UN RECUERDO A ELVIRA.

Composicion dedicada al literato el señor don Tomás Reuscco.

I.

Elvira, si tú pudieras
 Verme aquí en extraño suelo,
 Perseguido, sin consuelo,
 Presa solo de dolor,
 ¡Oh! tu corazón sufriera
 Y lloraras, vida mía,
 Al ver mi cruel agonía,
 Mi martirio y su rigor.

Probaras ese veneno
 Que concluye con mi vida,
 Y que calcina la herida
 Que tengo en el corazón:
 Vieras que ya no respiro
 Sino con esfuerzos tantos,
 Que, lánguido á los quebrantos,
 Se extingue ya mi razon.

Léjos del hogar paterno
 Y de tu imágen divina,
 Mi mente solo se inclina
 A buscar la eternidad.
 No miro mas que tristeza,
 Y en todas partes el duelo,
 Sin tus pupilas de cielo
 Que son mi felicidad.

Las noches las paso en vela;
 Y á la luz de una bujía,
 La negra melancolía
 Me acompaña á padecer.

Ella siempre está conmigo,
 Y aumenta el dolor que siento,
 Con el bárbaro tormento
 Que no me es dable romper.

Pero siempre, Elvira, siempre,
 Tu imágen bella, querida,
 En mi seno está esculpida
 Por la mano del Señor.
 Y la trenza de cabello
 Que me diste y guardo ufano,
 Es el iman soberano
 Que mitiga mi dolor.

II.

Y aunque léjos de tí vivo,
 Nunca á tu memoria esquivo
 Yo seré:
 Pues con el llanto en mis ojos
 Recordándote, de hinojos
 Estaré.

Tú, entre tanto, llora, hermosa,
 Mi existencia procelosa
 De dolor:
 No me olvides un instante
 Y en tu pecho fino, amante,
 Tenme amor.

Tula de Tamaulipas, febrero de 1852.
 FRANCISCO DE P. FERNANDEZ.

LID DE BUHOS CON RATONES.

El martes 28 de octubre del año 1851 de la redención, á las doce horas de la noche, en la ciudad de París capital hoy del Imperio bonapartista de Francia, en la cual no gobernaba todavía la excelente constitución del Sable: el día pues susodicho, á la hora arriba expresada y en la ciudad antes nombrada, tuvo efecto, dentro del edificio conocido bajo el nombre de *Teatry-Club*, el famoso combate de los dos buhos (vulgarmente *scodites*) Pico de Fierro y Yong contra doce ratones.

He aquí cómo nos lo refiere un periódico francés.

Lo mas lucido, sobresaliente y elegante de la población de París, la flor y nata de la literatura y de las artes fué convidada á la función.

Las apuestas del lado de los ratones montaban á treinta y tres mil francos. Lord H. ha hecho frente á todas con sus dos campeones Yong y Pico de Fierro.

Reinaba el mayor orden en el salon, habiendo marcado de antemano los asientos unos comisionados, quienes hacían además el oficio de jueces: estos, sea dicho en debido loor de ellos, han desempeñado su cargo con la cordura de Nestor, y no han dado ningun motivo de queja con sus decisiones.

Lord H. tenia á su diestra á M. Méry*: las agudezas, el ingenio tan brillante del poeta marsellés hicieron la mas viva impresion en el noble lord, quien le pidió unos versos sobre la pelea que á empeñarse iba. Mientras llegaba el momento critico, el autor de la Guerra de Nizam improvisó doce estrofas que tienen toda la originalidad de su ingenio y de la circunstancia.

A las once y media, Victor Couturier

1 Seis mil seiscientos pesos.
2 Méry.

trajo su jaula enorme de doce compartimientos y la situó sobre una mesa que ocupaba por el momento lo interior de la liza en que debía darse el combate. al punto procedió á dar sustento á los doce campeones.

Sobre manera interesante fué esta operacion, pues como los ratones llevaban veinticuatro horas de no comer nada, brincaban en sus jaulas como unos *convulsivos* de Tánger.

El "jefe" del club, cocinero excelente, habia compuesto la pasta de una manera notable; en lugar de raeduras de criadillas de tierra, habia elegido criadillas de Perigór, las cuales devoraron en tres minutos los ratones, con un deleite que no se hubiera creído en estos animales.

Ya que hubieron concluido de alimentarse los ratones, lord H. hizo seña á su halconero de que llevase los buhos: quedó al punto ejecutada la orden, y púdose juzgar entonces de los dos terribles antagonistas.

Yong y Pico de Fierro han visto la luz en Escocia, en una propiedad de lord H.; han vivido dos años en una de las torres del alcázar, en donde un dia los pilló Williams Perkes, halconero de lord H., no sin sacar ambas manos rasguñadas, por las dos aves nocturnas.

Pico de Fierro y Yong son unos buhos de la raza mas fuerte. Tienen dos pies (ó tercias) de alto; son sus ojos de una transparencia funebre; las plumas, una mezcla de pardo blanco, de pardo perlino y de paduzco; las garras, notables por la fuerza de su constitucion y de su encorvadu-

ra, y tan firmes como unas varillas de hierro.

A las doce en punto los jueces dieron la señal del combate.

Victor Couturier lanzó á sus doce ratones en la liza: cabalmente á esa hora se hacia la digestion. Iban los ratones á embestir unos á otros con furia, cuando William Perkes, el halconero, soltó los dos buhos. Los doce ratones en vez de desgarrarse entre sí, volvieron su rabia contra sus nuevos enemigos.

En este punto reinaba un silencio religioso en el gran salon de la sociedad, y tan solamente se oia los agudos chillidos de los doce ratones y los rechinnamientos de pico de los dos buhos.

Pico de Fierro se abalanzó primero sobre Roberto Macario, alias el Griego, y asiéndole de los cuartos traseros, le machacó como hace un boa cuando se apodera de un becerro ó de un potro. De su lado Yong hacia otro tanto con el desdichado Viejoverde, alias Tenedor de Libros.

El príncipe Petulante, alias Chamuski, Rodillar, alias Azotacalles, Brisquet, alias el Maton, cayeron sobre Yong y se engancharon á sus patas. Después de haber ahogado á Viejoverde, Yong hizo sucesivamente morder el polvo á Rodillar (Azotacalles) y á Brisquet (el Maton). El príncipe Petulante (Chamuski) era el único que sobrevivía, encarnizándose mas y mas á los corvejones de Yong, á quien se los quebró de dos colmilladas.

Pico de Fierro por su parte habia muerto á Voltér, alias el Enemigo de la Oscuridad, al valeroso Ratapual, alias el Lagotero, y á Finieblas, alias Roecrespones; pero él habia quedado con una pata quebrada, la misma pata que habia sido tan estropeada en Inglaterra.

Las suertes eran todavía iguales. Los dos buhos estaban gravemente heridos, pero ya no tenían en su contra sino á cinco ratones mas ó menos lesos.

En este momento llegaba á su mas alto punto la atención de los espectadores.

Pulastról, alias el Peluquero, que se habia estado en un rincón, y como aborronado de sí mismo, brinca sobre Yong, que estaba recostado, y róele los ojos. Arroja el buho un grito terrible y correspondele á Pulastról con un picotazo que le abre las entrañas: expiran ambos enemigos uno junto á otro.

Pico de Fierro tenia que haberlas con Turlurí, alias el Quitapelillos, con el Marqués, alias Cumbreamor, con el Parisiense, alias Medialengua y con el príncipe Petulante (Chamuski). Este último que se habia atiborrado de criadillas de tierra, estaba enfurecido cuanto no es decible: habiéndose agarrado de la pata sana de Pico de Fierro, rofala mientras el buho degollaba sucesivamente á todos los demás ratones. Ya no quedaban mas que Pico de Fierro y el príncipe Petulante (Chamuski), el uno quebradas ambas patas y el otro despanzurrado, pero respirando todavía ambos y amenazándose con la vista.

Ninguno ganó su apuesta; por tanto se ha decidido que las postas no serán entregadas sino al que haya apostado al animal que sobrevivía.

Victor Couturier, concluido el combate, se llevó al príncipe Petulante (Chamuski), para asistirle: otro tanto ha hecho William Perkes con Pico de Fierro. A esta hora, la cuestion no es mas que una cuestion médica en que decidirá soberanamente la muerte.